

El final del primer acto con un terceto de tenor, barítono y bajo y con buenos coros, no deja nada que desear.

“El segundo acto adolece de alguna debilidad; pero en la gran pieza concertante con que concluye, en que se oyen frases expresivas é insinuantes ya al tiple, ya al contralto, ya al tenor, ya al barítono, ya al bajo, se notan grandes esfuerzos de armonía y felices combinaciones.

“En el tercer acto es ligera y graciosa la cavatina del barítono. Es notable el dúo de tiple y contralto; la armonía está bien conservada entre estas dos voces; pero el dúo es un poco largo, y aunque los motivos están bien desarrollados, se repiten demasiado, y nunca es agradable notar que una idea llega á desleírse. El *allegro* es vivo y bastante gracioso. El final no es tan robusto, ni tan dramático como el de los actos anteriores.

“Tal vez volviendo á oír esta obra, encontraríamos en ella otras bellezas, como recorriendo varias veces un vasto jardín, se van descubriendo nuevas flores.

“La enfermedad del tenor, que sufría de la garganta, perjudicó el desempeño. La Sra. Renieri estuvo bien, y pocas de sus notas salieron fuera de tono. El Sr. Mayans agradó como actor y como cantante; á pesar de la poca extensión de su voz, dejó notar que es de buena escuela, y fraseó con bastante habilidad. El Sr. García tuvo muchos momentos de inseguridad. Faltó firmeza á las piezas concertantes.

“La parte de contralto estaba fiada á una joven de buena presencia, la Srita. Carmen Pinto, discípula del Sr. Freixes. La joven cantatriz tiene regular voz de contralto, y son muy buenas y rotundas sus notas graves. Su voz es limpia, clara, fresca, y creemos que con algún ejercicio llegará á la octava más alta que la voz de bajo, y entonces será verdadero contralto. El Sr. Freixes puede sacar mucho partido de su discípula, que ya le hace honor, que tiene buen estilo, y no anda escasa en bonitos adornos. El estudio le dará más firmeza, y la hará adelantar mucho en las vocalizaciones.

“Bien merecía el *Dominó Azul* los honores de la repetición; pero el destino había trazado ya el término fatal en que debían concluir las representaciones de la zarzuela, y al beneficio del Sr. Freixes siguió el del Sr. Birelli, quien escogió la zarzuela de Olona *Por seguir á una mujer*, que ya se había dado antes como comedia, profanando así este nombre, que merece algún respeto. — *Por seguir á una mujer* es una farsa grotesca y disparatada, en que no hay que buscar ni el chiste malicioso y picaresco. De una plaza de Madrid se pasa á bordo de un buque; hay tempestad que no se parece á la de Shakespeare, hay piratas que no se asemejan á los de Byron, y después se llega á las costas del Riff, para asistir á la corte bárbara de un renegado que es jefe de moros! La música, que es poca, se aviene de una manera ad-

mirable á farsa tan extravagante. En cada acto no falta una de esas escenas en que todos los actores andan á cachetes ó á palos, y sea dicho para honor del público, — estas escenas de entremés siempre arrancan aplausos! — No hay que amostazarse; en el arte de aplaudir nuestro público ilustrado, benévolo, respetable, etc., como dicen los carteles, está todavía muy atrasado. — Los actores hicieron cuanto pudieron; pero ni ellos, ni nadie pueden salvar esta pobre producción.

“La noche de la primera representación el teatro estaba casi desierto, los palcos vacíos no ofrecían esa pompa de la belleza y del lujo; en las lunetas faltaban concurrentes. ¿Por qué tanta soledad? Porque esa noche había baile en Palacio, y aunque esas fiestas comienzan casi á media noche, la mujer que se adereza para un baile no es la rosa que se abre en un instante; necesita muchas horas de invernáculo en el tocador, y el auxilio de modistas y peluqueros para poder ostentar su hermosura de ocasiones solemnes, á la que casi siempre ¡ay! falta la gracia de la naturalidad y el abandono.

“Había algo triste aquella noche en el teatro. Aquella música absurda y sin gracia, aquel silencio lúgubre de los entreactos, aquella soledad, aquella penumbra que produce la ausencia de las mujeres, aquella frialdad que resulta de la falta de mil miradas ardientes, aquel viento helado que corre sin encontrar obstáculos, todo tenía un aspecto fúnebre y sepulcral. Aquello era algo siniestro, el acaso se encargaba de entristecer aquella mansión en el primer aniversario de la muerte de Enriqueta Sontag. Sí; esa noche hacía un año que la ciudad aterrada por una epidemia, afligida, contristada, sabía con dolor, con sorpresa y con desesperación, que había dejado de existir la más admirable cantatriz que ha pisado nuestra escena. En un instante la muerte empañó aquellos ojos de zafiro que lanzaban miradas luminosas, puso lívidos aquellos labios carmíneos y frescos, yerto aquel talle gentil y lleno de gracia, y extinguió para siempre aquel torrente de trinos, de gorgoros, de arpegios, de melodías que se desprendían de aquella garganta y causaban envidia á los zenzontles y á los rui-señores. . . . ¿Os acordáis de *Amina*, de *María*, de *Rosina*, de todas esas creaciones fantásticas, risueñas y apacibles soñadas por el poeta, y realizadas por el canto, por la hermosura y por el genio de Enriqueta Sontag? ¿No gozabais al oírla, no os sentíais conmovido, fascinado al oír aquel timbre argentino, aquellas notas cristalinas y brillantes? Y ¿no os aflige ahora recordar la *Sonámbula*, la *Figlia del Regimiento*, *D. Pasquale*, y saber que no volveréis á oír á la condesa de Rossi? Los que no la conocieron, jamás podrán formarse idea de su mérito; los que la admiramos y la aplaudimos, nunca sentiremos debilitada su memoria, que se une al culto del arte. ¿No os hemos dicho ya que el teatro también tiene sus tristezas? Mientras os engalanabais para el baile, nosotros estábamos en el mismo sitio en que oíamos á

la Sontag, y en vano buscábamos el eco de su voz. . . . Se extinguió para siempre. . . . arpa destrozada por el huracán. . . . *Ad ventos vita recessit!*

“Un año, un año nada más, aun nos parece escucharla. Cuando presenciáramos esas profanaciones horribles del arte, se nos figura que Enriqueta debe sufrir como una alma en pena; cuando oímos aplaudir chillidos estridentes, nos parece que su espíritu indignado recorre el ámbito del teatro y exclama: “¡Bárbaros! ¿No me oísteis á mí? ¿No os hize comprender lo que es el canto, lo que es la música, *il parler che ne l'anima si sente?* . . .”

“¡Bien hicisteis en darnos esa noche una música detestable, porque junto al recuerdo de la Sontag, cualquier esfuerzo hubiera sido impotente!”

Al día siguiente, á beneficio ó en perjuicio del Sr. Carminati se repetía la zarzuela *Por seguir á una mujer*, y terminaban las representaciones de la compañía.

Merced á la debilidad de aquel modesto cuadro lírico de Freixes, el público de México no pudo juzgar del mérito de este espectáculo que antes no conocía, y que viene á ser un término medio entre la ópera y la comedia, presentando los escollos y las dificultades de ambas. Por desgracia para ese género, si la música ha de hacer efecto y producir la impresión sentida por el compositor, necesita de muy fieles intérpretes. La música leída ni aun para los más inteligentes puede tener atractivo, pues nada hay comparable á un golpe de orquesta, á la nota que exhala la garganta privilegiada, á la armonía que resulta de la combinación de varias voces. En ciertas zarzuelas hay bellezas musicales que requieren excelentes artistas, por más que otra cosa crean los mal prevenidos contra la música española sólo porque es española.

La crítica, que nunca debe dejarse llevar por tales prevenciones, ni aun por la que se confunde con el buen gusto, que debe ser ecléctica é imparcial, tiene que desvanecer un error verdaderamente infundado. ¿Qué tiene España de menos que las otras naciones para poder sobresalir en las artes? Autoridades críticas reconocen en los españoles felices facultades para sobresalir en la música, y la historia demuestra que el arte ha tenido entre ellos épocas brillantes. Cualquiera persona medianamente instruída en estos asuntos, conoce como de ilustres compositores los apellidos de Sain-Sorda, Cristóbal Morales, Luis Victoria, Juan Noldán, Juan Viana, José Nebra, Francisco Guerrero y otros, datando el primero no menos que de 1440. M. Fetis, músico belga y verdadero arqueólogo del arte, da á la España un lugar muy distinguido, y al celebrar en París sus conciertos históricos, excitó la admiración y el aplauso de la crítica haciendo oír un canto de guerra para seis voces de mujer, con acompañamiento de

guitarras, compuesto por Soto de Puebla, músico de la Corte de Felipe II. Artistas españoles han sido aplaudidos en todos los teatros del mundo, como García, la Malibrán y la Gassier, para no citar sino aquellos que figuraron antes de 1855, á que nuestro artículo se refiere.

El arte ha debido adelantos á compositores españoles como Gomis, que tanto simplificó la enseñanza y reanimó la música dramática. Los esfuerzos hechos en esa época por Barbieri, Gaztambide y Arrieta para crear la ópera española, no tuvieron mal éxito, y la zarzuela fué un feliz ensayo. Pero la zarzuela tiene el grave inconveniente de que en ella alternan el canto y la declamación, y así fatiga á los artistas y los destruye, luchando, además, con la dificultad de encontrar cantantes que puedan declamar. Esto basta para que la ilusión no sea completa; en el drama lírico, cuando en él hay sentimiento, se acepta la ficción de que el canto sea la expresión de los afectos, y de aquí esos arranques, ese fuego, ese entusiasmo que sólo caben en la música dramática. Pero si cesa el canto y se oye la palabra hablada, la ilusión cesa, no puede durar y entonces la música no hace impresión. Sucede lo mismo que con las piezas escritas en prosa y verso; el oído llega á cansarse de esta alternativa y al fin la prosa parece vulgar y el verso rebuscado, perdiendo la obra toda naturalidad. Ni mis escasos conocimientos ni mis ningunas pretensiones me permiten discutir la posibilidad de la creación de la ópera española. Quienes han compuesto las piezas concertantes de *Jugar con fuego*, Moreto, *El Dominó azul* y *el Valle de Andorra*, pudieron acometer esa empresa gloriosa para ellos y para España. Que no se haya hecho una cosa, no es indicio de que no pueda hacerse. Que es difícil, así lo creo también, sobre todo cuando se tiene el defecto de haber caído en uno de dos extremos, ó en imitar á los italianos, ó en trasladar á la escena casi íntegros los cantos populares. No niego que éstos pueden y deben aprovecharse, particularmente los de Andalucía, árabes de origen, pero sin perder de vista los grandes modelos, como el *Barbero*, la *Italiana*, y el *Conde Ory*. No se necesita trasladarlos tales cuales son, sino tomar de ellos el colorido. En conclusión, y antes de que mis lectores vayan á renegar de mi charla, verdadero fenómeno sería que el país que tiene poetas como Rioja y el divino Herrera, pintores como Velázquez y Murillo, no pudiera más ó menos tarde completar la trinidad de Bellas Artes que domina en el teatro lírico.

Digamos las últimas palabras que aun quedan por decir, respecto á la Compañía Freixes. El beneficio del director y el estreno, en México, del *Dominó azul*, se verificaron el sábado 16 de Junio, en la décima función del tercer abono. José Freixes, al hablar en su programa de la obra elegida, dijo:

“Habiendo despertado del letargo en que yacía el género á que

hoy nos dedicamos; el beneficiado quiso elevarlo á la altura de la ópera; pero estando dicho género en su infancia, no lo pudo verificar, pues encontraba el escollo de que los actores no eran cantantes ó viceversa: sin embargo, desde aquella época que data de diez años, se propuso él en unión de otros maestros, enseñar á personas que reunieran las cualidades indispensables para abrazar ambos géneros; pero adaptándose á las de los cantantes más que á las de los actores, empezaron á componer óperas, entre las que descuella la que hoy se ofrece. Yo, confiado en que ésta es sin disputa la mejor que posee el repertorio español, y á pesar de haber tenido que vencer grandes obstáculos (uno de ellos es la pronta partida de la compañía, por lo cual es de abono), no he titubeado en la elección y presento ante el público ilustrado de México, la obra acabada, original de D. Francisco Camprodón, música del maestro D. Emilio Arrieta (autor de varias óperas italianas como la *Ildegonda*, la *Conquista de Granada*, y otras que han tenido grande aceptación en Milán).''

La representación de *Por seguir á una mujer*, obra elegida por Birelli para su beneficio, se dió en la noche del Domingo 17, aniversario del fallecimiento de Enriqueta Sontag. La obra de Olona se repitió el lunes 18, en provecho de Carminati, y después, la Compañía Freixes marchó para Puebla, cuyo teatro tenía tomado, y en él trabajó con muy buen éxito.

CAPITULO IX

1855.

Estaba aún en su primer mes de abono la Compañía Freixes, cuando con grata emoción se supo en México que el jueves 3 de Mayo y en el Paquete Inglés llegado ese día á Veracruz, había venido y desembarcado en ese puerto la eminente actriz D.^a Matilde Díez, *la perla del Teatro Español*. Nacida en Madrid el 27 de Febrero de 1820, tales fueron sus disposiciones y vocación prontamente reveladas, que á los doce años de edad y al lado del primer actor D. José García Luna, en el teatro de Cádiz y en 1832 se presentó al público, desempeñando el papel de la protagonista en *La Huérfana de Bruselas*. En 1833 repitieron ambos actores la misma obra en Sevilla, y al saberse cuánto había entusiasmado en las dos capitales andaluzas, Matilde Díez fué contratada para Madrid por la Empresa de Grimaldi en 1834

Asomaba entonces en España una nueva época para la literatura y para el teatro, época llamada del romanticismo, que á vuelta de no pocos errores y extravagancias, dió á conocer todo lo que hay de grande, bello y sublime en el arte dramático. Las cualidades con que había dotado la naturaleza á Matilde, la hacían igualmente apta para la ligereza y naturalidad de la comedia, y para las grandes pasiones, los poderosos arranques y la exageración de la escuela romántica. Así es que en 1834 y 35 el público de Madrid, con el mismo entusiasmo aplaudió á aquella artista de quince años, en las comedias festivas y en los dramas terribles, en *La hija en casa y la madre en las máscaras* y en *El verdugo de Amsterdam*. El 25 de Marzo de 1836, Matilde dió su primer beneficio con la *Clotilde*, de Federico Soulié, y por primera vez desde los tiempos de Máiquez, el público llamó á las tablas á la actriz al concluirse la representación, honor que no se prodigaba, como hoy, á cualquier cómico de escaso mérito. Aquella demostración significaba, entonces, mucho, tanto como poco significa hoy. En el mismo año de 1836, Matilde arrebató en Barcelona, como había arrebatado en Madrid, en Sevilla y en Cádiz, con su voz mágica, con sus miradas de fuego, con su superior belleza, con su asombroso genio. *Catalina Howard*, *Margarita de Borgoña*, *El Pilluelo de París*, *El Trovador*, *Clotilde*, *La niña boba*, *María Estuardo*, *El arte de conspirar*, *El poetaastro*, *Angelo*, *Sor Teresa* y cien obras, le valían tantos triunfos como representaciones.

Joven y hermosa la actriz, llena de gloria, con envidiable porvenir, la mano de Matilde era una fortuna para quien la mereciese entre sus infinitos pretendientes: Matilde eligió entre ellos, uno que tuviera, como ella, el alma de artista y fuese capaz de acompañarla en su carrera de triunfos, y durante su permanencia en Barcelona, por poderes contrajo matrimonio con otro insigne artista, D. Julián Romea, distinguido poeta y distinguido actor. Desgraciadamente, en el teatro el matrimonio es casi imposible, y el de Matilde y Romea fué de los más desgraciados. Mientras uno y otro artista pudieron vivir unidos, hicieron la delicia de los públicos de Granada, de Madrid, de Sevilla, de Cádiz, de Barcelona, de Málaga, de Valencia, de la Coruña, de Santander, de cuantos teatros tuvieron la fortuna de ser por ellos visitados. Al crearse é instalarse lo que se llamó el Teatro Español, Matilde fué la primera con quien se contó para figurar á su frente, como que era y siguió siendo la más alta expresión de su arte, por su talento, por la dulzura de su voz, por su delicado sentimiento, por las facultades que poseía; facultades de que ninguna otra actriz española dispuso en más alto grado, pues las más famosas de su tiempo pudieron, quizá, igualarla, pero no serle superiores. Todos los grandes poetas españoles, y en esa época los hubo muy grandes, escribieron para ella, y con ella compartieron sus memorables triunfos